



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10289

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 12 DE DICIEMBRE DE 1895

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumarlin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LAS CALATRAVAS

EL MEJOR CHOCOLATE DEL MUNDO

es el de Las Calatravas; y el mejor regalo que los consumidores pueden desear, el de la calidad y cantidad.

Paquetes de medio kilo justo, ó sean 500 gramos con 20 raciones ó tazas completas.

El chocolate de Las Calatravas es el único que hasta el día lleva cada paquete medio kilo.

Establecimientos de venta: Sra. Vinda de J. Nieto, D. Antonio Barceló, D. Antonio Inglis, D. Joaquín Ros, D. Fulgencio Vaso, D. Ginés Pérez, D. José Andren, D. Manuel Martínez y Vinda é hijos de Navas.

ÚNICO REPRESENTANTE EN CARTAGENA:

VICTORIANO BARBERA

ESTABLECIMIENTO DE TEJIDOS LA INDIA FUERTA DE MURCIA

Recepción

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al viticultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carrillitas y wagonetas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

DINERO

Hay hasta 40.000 duros para buenas hipotecas al 6 por 100 de interés.

VILLAMARTIN, 11, BAJO

El honor

en la deshonra.

Es un achaque de nuestro tiempo; el escándalo está á la orden del día. En España, en Italia, en Francia, respirase ambiente saturado de odios y rencores. Manjar exquisito para paladares estragados, la deshonra ajena atrae y estimula el apetito malsano de nuestra sociedad fin de siglo, en la cual abundan gentes que, como decía Ayala, piensan

que basta encontrar algún crimen no han hallado la verdad.

¿Qué cosa hay que más regocije y divierta que la desdicha y vergüenza del prójimo, sobre todo cuando éste cae de alto lugar?

Allí, el hombre respetado que de repente se ve envuelto entre las inallas de un proceso vergonzoso; en otro lado una deshonra ya olvidada, que levanta la cabeza para mancillar un hogar ilustre; allá el duelo encarnizado, último acto de un drama real; acá el suicida que se levanta la tapa de los sesos, coronado con el peor de los delitos una historia de infamias!

¿Qué espectáculo podrá aventajar á estos espectáculos? ¿Qué drama de teatro á estos dramas de la vida?

En los segundos nada de ficción, nada de convencionalismos. Las desdichas no son inventadas, el

dolor es auténtico, la sangre derramada por el hierro ó el plomo brota caliente de cuerpos palpitantes... Todo esto es algo así como la ampliación del circo romano. La multitud ocupa las gradas, quiere emociones violentas y fija ansiosa la vista en la arena, teatro en que han de desarrollarse escenas trágicas. Y el tremendo drama comienza, y el suelo se cubre de sangrientos despojos, y el aire se llena de gritos de rabia y de clamores de agonía. En tanto, el pueblo soberano aplaude con frenesí y pide, con alaridos de gozo, la repetición de tan interesante espectáculo.

Francia disfruta ahora de una fiesta de este género. En el hogar del Presidente de la República ha surgido, como por encanto, un triste recuerdo, un secreto de familia, que viene á obscurecer, en el concepto de una parte del público, una vida intachable.

Este drama vivo, que ahora tiene fijas las miradas de Francia, pudiera titularse *El honor en la deshonra*, título paralogico, muy en armonía con las aficiones literarias del Sr. Echegaray. Y ciertamente, al leer el relato que hacen los periódicos franceses de la historia de M. Faure, parece que se tiene delante de los ojos el argumento de un drama de los de la segunda manera del ilustre autor de *El estigma*.

Véase, sobre poco más ó menos, reducido á forma dramática, lo que sobre el asunto Faure refieren los periódicos franceses.

Acto primero.—La escena se desarrolla en las orillas del Loire, en una casa decentemente amueblada, de la histórica villa de Amboise. Son dueños y jefes de esta vivienda, los Sres de Gajnot, matrimonio dignísimo que adora á su sobrina la Sra. Belluot, joven, bella y distinguida. La hermosa doncella ama con toda su alma á M. Faure, joven también, laborioso, inteligente y honrado.

Este primer acto es un verdadero idilio, todo promesas y sueños de felicidad. M. Faure ha conseguido, á fuerza de trabajo y sacrificios, crearse una modesta fortuna que ofrece á su novia. Los señores de Guinot acogen la propo-

sición de Faure; pero existe en la historia de la joven un secreto que sus tíos no quieren ocultar al futuro esposo de su sobrina. La señorita Belluot es la hija de un caballero de industria, que, después de disipar el dote de su esposa y de malversar fondos ajenos, la abandonó, dejándola en cinta de la que más tarde había de ser la prometida de M. Faure.

Este relato no luerce en lo más mínimo la decisión del noble joven.

—¿Qué me importa? —exclama.—No he de hacer yo que caiga sobre un ser inocente una falta que otros cometieron.

Y la boda se celebra y termina el primer acto.

Acto segundo.—Han pasado 35 años (porque los acontecimientos que dejo narrados ocurrían el año 65). El modesto industrial de otro tiempo ha conquistado, merced á su talento y á su honradez inabichable, el cargo de presidente de la República francesa. Bajo las doradas bóvedas del Museo, como en la burguesa casa de Amboise, reinan la paz y el amor conjugales. La negra historia se ha borrado; el tiempo, que todo lo deja atrás, la ha sepultado para siempre en el olvido.

Esto debieron pensar, por lo menos, los esposos Faure, si alguna vez volvían la vista hacia aquellas tristezas del pasado. No contaban con que la envidia tiene ojos de linco: un periódico lanzó á la publicidad cierto vago rumor, otro periódico lo recogió, la bola del escándalo fué creciendo, llegó á oídos de M. Faure, y éste, lejos de destigurar los hechos, los proclama en alta voz, y entrega su conducta al juicio del público:

—Es cierto—dice—mi esposa es hija de M. Belluot, condenado por estafa á trabajos forzados. «Yo no quise hacer caer sobre un inocente la falta que otros cometieron». Si mi conducta fué inmoral, juzgádmela.

El tercer acto puede ser de libre invención! ¿Hay motivo para que el presidente de la República francesa abandone su alto puesto? ¿Debe prevalecer el grito de los hipócritas que fingían espantarse de la mancha que existe en la vida de M. Faure? ¿Cómo debe desalarse el nudo de este drama?

Cuestión es ésta que pueden resolver á su gusto los dramaturgos que elijan para una obra suya, tan interesante argumento. Alguno de ellos obtaría, de seguro por el suicidio de la Sra. Belluot, para lavar la honra de su padre. Algo de esto hemos visto recientemente en el teatro.

En rigor, el drama político, según parece, ha de terminar como terminaban las comedias antiguas, con el triunfo de la virtud y el castigo de la maldad.

Grevy cayó de la Presidencia por las picardías de su yerno; Faure seguirá en su puesto, apesar de las bajezas de su negro. Por esta vez, las maniobras de los difamadores no han dado fruto.

Con razon, dice un periódico

francés: «Lecciones son éstas que no deben ser olvidadas. Ellas advierten que la culpable inacción de Francia ante los promovedores de escándalos, deja libre el campo á las audacias de los que, sin protesta de la opinión, pueden perseguir por tales medios tan reprobados fines»

ZEDA.

La Pascua

¡Raniego del que es poeta!

Desde que yo versifico, no dejo la pluma quieta y ni gano una peseta ni tampoco un perro chico.

¿Piensa usted que no es verdad?

Pues le voy á usted á decir que, con anterioridad, he comenzado á sentir que se acerca Navidad.

Con el mayor desparpajo se dirije á mí el sereno que quiere un verso muy majo pues no me cuesta trabajo y le resulta muy bueno.

La labor no es enojosa, ni me pone en un apuro, mas, tanto obrero me acosa, que, francamente, la cosa pasa de castaño oscuro.

Soy atento, si señor, mas comprenda usted que así pesa mucho mi labor y que la Pascua, lector, me la están haciendo á mí.

Para evitarnos quehacer doy, en muy cortos renglones escrito á todo correr, algo que pueda valer para felicitaciones.

PARA EL SERENO. «Señor: cumpliendo mi cometido por deber y por honor, soy y seré y siempre he sido su más leal servidor.

Y á fuer de firme y leal y de constante y sincero, soporto el frío glacial y soporto el vendaval y soporto el aguacero.

Bien pronto la Pascua viene. Que usted se conserve bueno. De noche, nada le apene pues ya sabe usted que tiene serenidad....

El sereno.

(Y usted, con mucha verdad, al ver que le piden, *guita*, aunque en corta cantidad, dirá que se necesita para ello serenidad.)

PARA EL CARTERO. «Señor: soy humilde y soy muy pobre pero, juzgado de mi honor cada vez que traigo un sobre con objetos de valor.

Mi trabajo se avalora viendo mi misión cumplida sin pereza y sin demora. ¿Que vienen cartas ahora? Pues las reparto enseguida.

Yo cumplo como se vé, con puntualidad y esmero y con tino y buena fé. Felicidades. De usted afectísimo....

El cartero.

(Y el hombre es tan oportuno que, aunque no lo hace ninguno, trajo ayer—y no hablo en guasa—una esquila escrita á casa el año setenta y uno; esquila en que se revela el afecto que sintió quien dió curso á tal esquila, felicitando á mi abuela por haber nacido yo.)

Y basta ya de patronos que bien pudieran servir, cambiando algunos renglones, para aquel que ha de escribir esas felicitaciones.

Aun la Pascua no llegó, mas de aquel que en ese día algún sablazo aguacero, diré:—¡Comprendo que no pueda ver la postal!

Julio Martínez Locha.

TIJERETAZOS

¿Si estaremos por bajo de Marruecos respecto á buenas costumbres?

En todas las poblaciones del imperio de enfrente se cierran las tabernas á las diez de la noche.

Aquí hay orden de cerrarlas á la misma hora.

Pero ocurre que la orden no se cumple, que las denuncias menudean y... vamos, que hemos de ir á Marruecos á estudiar buenas costumbres y respeto á la autoridad.

Es verdad que en Marruecos desloman al que no obedece, y ante un garrotazo se rinde el más desceñido.

Dice un colega que será nombrado presidente del Consejo de Estado el señor Fabié.

Muy señor mío.

¡Y qué suerte tiene ese hombre!

Cayeron los conservadores y se quedó agarrado á un destino.

Caen los sagastinos, y los conservadores le dan una breva.

Hay hombres por los que no pasan penas.

Su sino es ochar siempre.

Dice «La Correspondencia Militar» que cuando al Sr. Cánovas le convenga irán las Cortes fusionistas pateando por el balcón abajo.

¡Patallar!

Eso debe ser cosa de patas.

¡Pero qué cariño le tiene á las Cortes el colega militar!

¡Hombre, por Dios!

No es bueno hacer leña del árbol caído.

Una mujer de Orense ha envenenado á su suegra poniéndole cardenillo en el plato.

Esa comida será la única que habrá dado á gusto á su madre política la amante muera.

Vaya un ángel que había buscado para su hogar el hijo de la difunta.

NOTAS

SUMA Y SIGUE

No cesa la opinión pública de pensar en lo de Cuba, pronunciándose una gran parte de ella contra la división del ejército en destacamentos y columnas reducidas, contra las cuales van partidas numerosas de insurrectos blandiendo el terrible machete.

«El Día» últimamente recibido, es de los periódicos que se hacen eco de esas extranezas de la opinión pública en frente de los asuntos de Cuba.

Y se explica así el periódico madrileño:

«Se ha comentado, con el dolor consiguiente, la noticia del desastre del destacamento del batallón de Gerona en el potrero Las Minas. Con el funesto sistema del reparto en destacamentos, poco importa que se envíen á Cuba trescientos mil hombres.

Resulta que nos están matando á todos los hombres de corazón, porque esos que aguantan en número de setenta el cho-